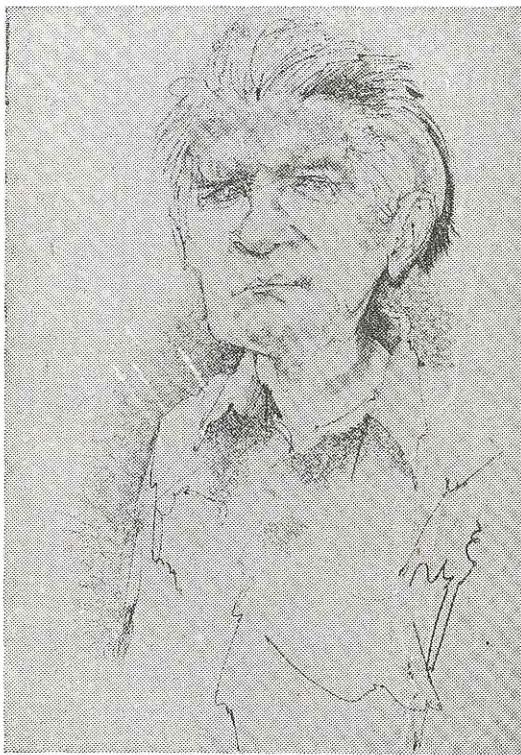


CELIA VALBUENA y BENITO MADARIAGA

# ELOGIO Y RECUERDO A BLAS DE OTERO



ELOGIO Y RECUERDO  
A BLAS DE OTERO

CELIA VALBUENA y BENITO MADARIAGA

ELOGIO Y RECUERDO  
A BLAS DE OTERO

SANTANDER  
1979

La primera versión de este trabajo apareció en el número 33 de la revista poética «Peña Labra», de la Institución Cultural de Cantabria, de Santander.

Otoño de 1979, páginas 24 - 26.

Dibujo de la portada: Alvaro Delgado.

Fotografías: Mazo y de los autores.

Bedia. Africa, 5. Santander, 1981.

Depósito legal: SA. 115.—1971.

DIOS NOS LIBREX DE LOS LIBROS MALOS  
QUE DE LOS BUENOS YA ME LIBRARE YO

Tu un homenaje a Jard. Diego.

PARA qué tantos libros, tantos papeles, tantas pamphletas.

Lo bonito es una pierna de mujer

-la izquierda a ser posible,

un bosque bajo la lluvia, un buque norteamericano caido en  
~~atado~~  
~~mánes~~  
~~indios~~

hay tanto que contemplar,

excepto la televisión,

cómo perder el tiempo en leer, pasar la página, cuidarse  
las enginas,

cuánto mejor callejear a la deriva,

esto si que es un libro lo que se dice un libro un verda  
~~natural~~  
~~de la natura~~  
~~de la libra~~

Lleno de gente, tiendas, puestos de periódicos, casas en  
construcción

y otros versos.

*de la natura*

*Bias BE oTERO*

Fue a últimos de agosto de 1971 cuando conocimos a Blas de Otero con motivo de los cursos de verano para extranjeros que impartía Sabina de la Cruz, en la Universidad de Menéndez Pelayo. La presentación tuvo lugar por mediación de nuestro amigo el autor dramático Lauro Olmo, participante entonces en el curso de teatro, quien con su mujer, Pilar Enciso, les había saludado y formaba pareja con ellos.

Aquel verano resultó sumamente interesante por la coincidencia de personas que intervenían en aquellos cursos, clausurados con una inolvidable conferencia del novelista Miguel Angel Asturias.

La personalidad de Blas de Otero producía entonces, ya bastante enfermo, una especial impresión

en quienes por primera vez le conocíamos. Nosotros le recordamos como un hombre de ojos claros y mirada triste, de pelo cano y con gafas que le daban un cierto aire profesoral. Hablaba poco, poquísimo, y sonreía con dulzura. Pero era su mirada melancólica y lejana, aquella mirada triste de Blas de Otero, la que producía una sensación que no es fácil transmitir, mirada que contrastaba con su dulce sonrisa habitual. Parece ser que entonces se cumplía la fecha límite de un tratamiento y el poeta temía que volviera a hacer crisis su enfermedad. Esto, naturalmente, debía preocuparle, y Sabina, desde aquella fecha, decía encontrarle abatido. A veces, sin darnos cuenta, hablábamos de la muerte delante de él, y posiblemente le produciría un daño que no demostraba en sus relaciones con el grupo de amigos. Hay, sin embargo, un detalle que merece la pena consignarse por el sentimiento que ofrece de la muerte, tan patente en su obra poética. Una vez, al decirle que nuestro común amigo García Cantalapiedra poseía un cuadro de la época juvenil de José Luis Hidalgo, en cuyo fondo aparecían calaveras, hizo un gesto de contrariedad.

Nos parece ahora estar viéndole allí, en la península de la Magdalena, mirando absorto el mar enigmático.

mático, con aquella actitud suya tan unamuniana de las manos en la espalda. Pese a la belleza que ofrecía la naturaleza del lugar, con aquella visión próxima del mar, éste le producía una inquietud que le hacía alejarse de la brisa marina y de la humedad, que suponía le perjudicaba en su reuma. En contraposición, le atraía la quietud y belleza campestre de algunos pueblos de Santander, que le recordaban su provincia natal vizcaína. Su visita, por ejemplo, a Liérganes le dejó un grato recuerdo. También conoció con nosotros los pueblos de Puente Viesgo y Carmona.

Psicológicamente era una persona de temperamento cicloide, con marcadas variaciones de humor que le convertía, en ocasiones, en un hombre de personalidad tímida e introvertida, que prefería escuchar a intervenir en las conversaciones, lo que alternaba con estados en los que Otero participaba normalmente en las actividades del reducido grupo de amigos, ya que no era de los que concedía fácilmente la amistad. Ante cualquier muestra de ingenio solía reír abiertamente y, en este sentido, apreciaba la agudeza céltica de sus amigos Lauro Olmo y Dionisio Gamallo Fierros, participante también en los cursos de la Universidad.

Aquel año conoció a Miguel Angel Asturias por mediación de Lauro Olmo y a partir de este momento, el novelista dejó sentir su simpatía y atracción hacia la persona del poeta y de su compañera, Sabinha de la Cruz. En el salón de la primera planta del Palacio se formaba por las tardes una pequeña tertulia en la que el protagonista era el escritor guatemalteco, Premio Nobel, hablando del folklore de su tierra y de su viaje a China, país que había visitado también Blas de Otero. Nos contó éste, después, los adelantos de los chinos en la acupuntura, que le fue aplicada en diversas ocasiones para su dolencia nerviosa y otra vez con motivo de una neuralgia de muelas. Le llevaron entonces a un dentista chino, quien le trató, a la vez que le consolaba de los fuertes dolores diciéndole: «¡Camara-da, hay que tener optimismo revolucionario!»

No sabemos muy bien si fue en ésta o en otra tertulia donde nos habló con verdadera admiración de los dos libros más conocidos del mejicano Juan Rulfo, la colección de cuentos *El llano en llamas* (1954) y la novela *Pedro Páramo* (1955), que había leído en diversas ocasiones, por lo menos tres o cuatro veces. También nos confesó que la prosa bronca de Gutiérrez-Solana le parecía formidable,



Cena en el comedor de «El Riojano», el 30 de agosto de 1971.

Fila de la izquierda: Celia Valbuena, Blas de Otero, Lauro  
Olmo y Sabina de la Cruz.

Fila de la derecha: Blanca de Mora y Araújo, de Asturias;  
Benito Madariaga, Pilar Enciso y Miguel Angel Asturias.

auténtica y con garra. Aquel año nosotros le regalamos las obras completas del escritor montañés Manuel Llano, cuya prosa poética suponíamos tenía que interesarle.

En dos ocasiones comieron juntos Miguel Angel Asturias y Blas de Otero, en compañía de otras personas. La primera vez tuvo lugar el 28 de agosto de 1971 y entre los asistentes se hallaba la cantante Micaela, que interpretó para el grupo, entre otras canciones, «La nana de los niños de Extremadura», de Alberti. Blas quedó impresionado por la forma admirable como la cantó. Ese día Miguel Angel Asturias se retiró pronto, ya que a las siete y media de la tarde pronunciaba en el paraninfo de Las Llamas su conferencia sobre «El novelista y la Universidad», que clausuraba los cursos de la Universidad Internacional de Menéndez Pelayo. El segundo encuentro de ambos escritores, con asistencia de contadas personas, fue una cena el 30 de agosto en el comedor reservado de la parte superior de «El Riojano». Al final el escritor hispanoamericano cantó las canciones prohibidas a los estudiantes en Guatemala y recitaron sus propios poemas Miguel Angel Asturias y Lauro Olmo. Fue imposible escuchar los de Blas de Otero, quien aducía como pretexto no

acordarse, pero Sabina, previsora, había traído una cinta grabada con algunos poemas. Al salir, y ya solos, nos dijo Blas: «Esto de recitar es muy violento».

Recordamos que en aquella velada contó también Miguel Angel Asturias la enorme corrección a que sometía sus textos y aludió a su novela, *El señor Presidente*, enmendada nueve veces antes de publicarla. Blas, en cambio, apenas corregía sus poemas, que tenía la costumbre de mecanografiar personalmente. En este momento es justo reconocer la enorme influencia que ha tenido en su vida y en su obra Sabina de la Cruz, mujer inteligente, profesora de Literatura y también poeta, a la que es preciso recordar como su mentora y magnífica compañera en los momentos más difíciles.

Aquel año y en los dos siguientes en que acudió a Santander, nos vimos con frecuencia. Algunas veces Blas nos contaba pormenores de su vida, de la que se sabe tan poco. Nacido en Bilbao en 1916, su familia procedía de la aldea y aunque no hablaba el vascuence se sentía muy vinculado a los problemas de su tierra, pese a la incomprendición que encontró, a veces, entre sus paisanos.

Solía referirse con añoranza a los primeros años de su niñez transcurridos en Orozco y luego en

Madrid, que recordaba como los más felices de su vida. Una vez nos contó que a los catorce años participó en una becerrada, pero que, por supuesto, no le dejaron solo, ya que, temiendo un revolcón, le decían cariñosamente que tenía aún los huesos muy blandos.

Sus primeros estudios los había cursado en el Colegio de María de Maeztu y de aquí pasó a los jesuitas hasta que por motivos económicos la familia se vio obligada a sacarle del colegio.

La guerra civil le sorprendió primero con los «gudaris» y al ocupar la plaza las fuerzas nacionalistas se quedó en Bilbao, de donde marchó movilizado a Logroño. Continuó la contienda en el frente de Levante y entró con las tropas en Valencia. Creemos recordar que fue soldado de artillería.

Los estudios universitarios los cursó en Derecho y llegó a ejercer por poco tiempo de juez municipal en Bilbao, cargo en el que presentó en seguida la renuncia al no coincidir con su carácter. Empezó Filosofía y Letras, pero no llegó a concluir estos estudios porque decía que era entonces bien poco lo que podía aprenderse en la Universidad española. Se sabe que ejerció la enseñanza, que nos aseguró le complacía, y, siendo profesor de Derecho, es cuan-

do inicia su obra poética. Parece ser que su primer libro pensó publicarlo anónimo.

La música, la lectura y el viajar fueron tres de sus aficiones más marcadas, condicionadas a los ciclos de su carácter. Hay una etapa viajera en su vida en la que visita, cuando su salud se lo permite, las ciudades de España y sale al extranjero con estancias en Francia, Cuba, China y Rusia. Nos contaba que conoció al Che Guevara y le había impresionado su mirada viva e inteligente. Pero ya en estos años en que le tratamos, no le interesaba viajar y se quejaba de aburrimiento. Sin embargo, le gustaba pasear, y prefería el campo y la montaña a las grandes ciudades.

Hubo una época en que trabajó en las minas de Gallarta y como jornalero del campo en la provincia de Zamora, etapas menos conocidas de su biografía. Blas de Otero quiso observar de cerca el duro trabajo de los obreros como experiencia necesaria para un intelectual interesado por la poesía social. El dolor unamuniano de su querida España le hace intervenir en política y adoptar una postura comprometida de denuncia y acusación en la que escribe, cuando puede burlar la censura, poemas de clara intención política. Un día la censura le tacha



Grupo de amigos en torno a Miguel Angel Asturias  
en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo,  
en el verano de 1971.



Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander  
Verano de 1971.

De izquierda a derecha: Lauro Olmo Enciso, María  
Teresa Valbuena, Celia Valbuena, Blas de Otero,  
Lauro Olmo Gallego y Benito Madariaga.



Blas de Otero, en agosto de 1971, acompañado de Celia Valbuena, Benito Madariaga y Sabina de la Cruz.



Blas de Otero en La Concha de Villaescusa, con Celia y Benito Madariaga, en septiembre de 1973.

la palabra «paz»; en León es anatematizado por el obispo por una poema considerado irreligioso; en Oviedo realiza una lectura poética en la Universidad y es atacado duramente por la prensa; su libro *En Castellano* es prohibido en España; a su regreso de Rusia es interrogado por el jefe de la Brigada político-social de Bilbao, etc. Blas de Otero se erige, en seguida, como uno de los más representativos exponentes de la llamada poesía social en la dictadura. Es interesante consignar, ahora, que al preguntarle por qué algunos autores negaban la llamada poesía social o poesía histórica, como le gustaba mejor llamarla, nos respondió que ello era debido a que muchos de los escritores incluidos en este grupo poético no la sentían sinceramente.

Blas de Otero ha sido no sólo uno de los primeros autores de la poesía contemporánea, como lo demuestran los estudios que sobre él hicieron en vida Dámaso Alonso (1952), Emilio Alarcos (1966), Víctor G. de la Concha (1973) y Sabina de la Cruz (1977), sino también —y el tiempo habrá de verificarlo— una de las voces más sobresalientes de la expresión poética de la Literatura española. Blas de Otero era un poeta extraordinario al que la inspiración le aparecía en cualquier momento, sobre

todo cuando se encontraba escuchando música. Sabina nos contaba que ella sabía cuándo comenzaba a escribir durante una jornada musical en la casa. Necesitaba, en cierto modo, de la música para entrar «en trance poético». Los poemas aparecían entonces como dictados por la inspiración y apenas necesitaba corregirlos. Estos poemas eran después guardados y seleccionados, ya que su obra antes de publicarla la sometía a una severa autocensura. Sin embargo, cuando se encontraba bajo los efectos de la depresión y del insomnio no podía trabajar y tampoco leía. Se pasaba entonces horas sentado o echado, callado y fumando. Al preguntarle un día por qué no escribía más, nos replicó de un modo semejante a como solía hacerlo, en estas ocasiones, Antonio Machado, pues Blas estimaba que en aquel momento no le encontraba a la poesía una nueva forma de expresión original: «No volveré a escribir si no tengo nada nuevo que decir o si no hago algo mejor que lo publicado. Prefiero entonces plantarme con lo escrito». He aquí la razón de que intentara ensayar también la prosa poética y el verso libre al estilo de Rimbaud, al que admiraba. Sabina opinaba que las prosas publicadas por Alfaguara estaban entre lo mejor de su obra.

La segunda vez en que vinieron Blas y Sabina a la Universidad de Santander fue del 3 al 17 de septiembre de 1972. Este año se hospedaron en el «Hotel Margarita», en la Avenida de los Castros. Fuimos a esperarle a él a la estación, ya que Sabina había venido unos días antes. Le encontramos más grueso y pálido que el año anterior. Nos dijo que había realizado todo el viaje desde Madrid sin leer nada. «¿Pues qué has hecho entonces?», le replicó Sabina, a lo que respondió sonriente: «He estado pensando». Luego nos enteramos de que acababa de salir de una de sus hospitalizaciones.

Aquel verano se hallaba, en efecto, peor de salud. El insomnio le hacía pasar las noches en vela. Al hablar de su enfermedad, que empezó a presentársele a partir de los veinticinco años, decía que el momento más dramático era cuando llegaba la mañana: «Lo veo todo negro», apuntaba con un sentido triste del humor. Uno de esos días pasó mala noche y soñó que los alemanes tomaban Bilbao. Sabina comentaba después, riendo, que debió pasar la noche luchando contra los alemanes.

El tercer y último viaje a Santander tuvo lugar en septiembre de 1973 y volvieron a hospedarse en el mismo hostal del Sardinero, donde nos dijeron

se había quedado también alguna vez Gerardo Diego. Su estado de salud seguía siendo malo. Pese a ello, algunas veces lográbamos hacerle reír. Nos hablaron entonces de su reciente viaje a Londres, ciudad que les había gustado tanto como París. Sobre todo les había impresionado el profundo sentido cívico de los ingleses, su respeto por la persona y su formidable contribución en la lucha contra la contaminación.

Aquel año visitaron nuestra casa de La Concha, donde consiguió dormir. Pocos días antes Jesús Pindado (*El Diario Montañés*, 13-IX-73) le había hecho una entrevista en la que recogía sus proyectos y las etapas de su obra, y le describía tímido, de voz tenue, vestido con una camisa de cuadros y calzado con unas sandalias. Cuando comíamos con ellos pocos días después en el hostal, el día de su partida, no sospechábamos que nunca más volveríamos a verle. Al año siguiente Sabina cambió de Universidad donde impartía sus cursos de verano. Después, algunas cartas cariñosas, algunas fotografías de sus viajes...

Un día del verano de 1979 la televisión anunciaba a todos los españoles que acababa de morir Blas de Otero. Desaparecía todavía joven, el poeta

de la angustia, del amor, de la denuncia; el poeta de la paz y la palabra, el poeta que intentó dirigirse a la inmensa mayoría, el hombre que habló poéticamente con Dios, al que exige más en sus acongojados poemas.

Era la suya una poesía espontánea y sincera, una poesía de compromiso, incluso para sí mismo, ya que sus propios defectos los confesó en sus versos.

No resulta extraño que algunos de los poemas religiosos más bellos, escritos en los últimos tiempos, se deban a Blas de Otero. La angustia y la duda <sup>humana</sup> reaparecen en él, incluso con más fuerza. Es el sentimiento de la muerte que le acompaña muy cerca en sus últimos años y la búsqueda dolorosa de Dios, en ese mundo cosmológico que le abruma. *Ina*

*Sé que hay estrellas, luminosos mares  
de fuego, inhabitados paraísos.  
cadenas de planetas, cielos lisos  
montañas que se yerguen como altares.*

Blas de Otero no concebía el dolor del hombre y de aquí parte esa rebeldía de algunos de sus poemas que tiene acentos bíblicos.

*A duras penas voy viviendo. Pero  
algo de luz y un resto de cadenas  
dirán: Esto que veis, fue Blas de Otero.*

Pero como la muerte y la vida danzan juntas, la otra cara de su poesía la ocupaba el amor. Los animales, los niños y la mujer dicen que constitúan sus preferencias y por ello aflora también en sus versos la poesía amorosa y sensual.

Al rememorarle, ahora, tributamos un homenaje al amigo y al poeta extraordinario que fue Blas de Otero.

## BIBLIOGRAFIA

- ALARCOS, E.: *La poesía de Blas de Otero*. Anaya. Salamanca, 1966.
- ALONSO, D.: *Poetas españoles contemporáneos*. Bibl. Románica Hispánica. Edit. Gredos. Madrid, 1952.
- CONCHA, V. G. de la: *La poesía española de postguerra*. Edit. Prensa Española. Madrid, 1973.
- CRUZ, Sabina de la: Los sonetos de Blas de Otero en *Todos mis sonetos*. Ediciones Turner. Madrid, 1977.
- CRUZ, Sabina de la: Introducción a *Historias finidas y verdaderas*. Alianza Editorial. Madrid, 1980.
- PINDADO, J.: «Blas de Otero». *El Diario Montañés*. Santander, 13 de septiembre de 1973, pág. 8.

Se terminó de imprimir  
en Santander,  
el día 22 de diciembre de 1981,  
en el  
Taller de Artes Gráficas  
de  
Gonzalo Bedia.